

Nuevos Desafíos Culturales

EN los últimos meses se están planteando nuevos proyectos culturales que corresponden a campos que pese a nuestro avanzado desarrollo económico han quedado postergados. Entre ellos se quiere dar nuevo impulso al cine nacional, a la industria audiovisual, a la industria fonográfica y a otras materias semejantes. Sin perjuicio de lo anterior, creo que quedan situaciones aún totalmente rezagadas.

Me refiero en especial a lo concerniente a salas para música y ballet y a otros problemas de infraestructura vinculados a lo anterior en las principales ciudades del país. Pocos chilenos saben que hay teatros inconclusos o sólo en obra gruesa, por años, en las ciudades de Talca, Chillán, Temuco, Valdivia y otras. Hay también salas inadecuadas en ciudades que han alcanzado gran actividad artística, como La Serena, Concepción y otras.

En música hemos hablado en múltiples oportunidades de la carencia de instrumentos musicales adecuados para las orquestas y al hecho absolutamente vergonzoso de que en nuestro país con gran tradición pianística, no hay en todo el territorio nacional más de 5 ó 6 pianos para nuestros principales artistas. Las salas de conciertos o de espectáculos como decía Hernán Rodríguez algunos días en "El Mercurio", tienen siempre más de 40 años y desde esa época, pese a todo nuestro desarrollo, no se ha hecho nada y lo que es peor no se ve intención de revertir esta situación. Poca gente sabe que en el Instituto Nacional de nuestra capital, ubicado al costado de la casa central de la Universidad de Chile con una estación de Metro a la puerta, existe un complejo cultural de alrededor de nueve mil metros cuadrados que está en obra gruesa desde el año 1964, fecha en que el nuevo Instituto Nacional fue inaugurado.

En los últimos 30 años hemos tenido autoridades de todos los signos políticos imaginables. ¿Por qué nuestras inquietudes han quedado siempre sin respuesta? ¿Necesitamos acaso un Bonvallet de la cultura que grite cada vez más fuerte? ¿Será necesario que alguno de nosotros se queme a lo bonzo para tener respuesta? No obtendremos nada quemando infinitas revistas pornográficas, toneladas de cocaína y sus derivados, si no proponemos a la vez a nuestro país una importante alternativa de desarrollo cultural, donde las grandes mayorías puedan tener participación.

Parece indispensable una profunda reflexión en torno a estas materias. Asimismo, es urgente que los que compartimos estas inquietudes nos unamos por encima de todas las barreras políticas, ideológicas y religiosas en beneficio de este anhelo común. Es también indispensable que en el estudio de la renovación de la educación en que está

empeñado nuestro país, con el respaldo unánime de todos los sectores, deba incluirse lo que se ha denominado el mundo de la cultura. Desde este ámbito se pueden plantear metas e ideales para nuestra sociedad. El mundo de la ciencia y la tecnología, que hoy llena la boca de todos, por sí mismo no es capaz de dar respuesta a las más profundas preocupaciones de nuestra sociedad. Hubo entre nosotros un ámbito de vida espiritual que dio origen, pese a todas sus deficiencias, a nuestro Arrau, Mistral, Neruda y otros. ¿Qué pasó con sus continuadores? ¿Qué hemos hecho por ellos?

En la música se da una extraña situación. Impulsado por las autoridades, en 1992, continuando con la obra pionera de Jorge Peña en La Serena y de José Antonio Abreu en Venezuela, iniciamos un programa nacional de creación y apoyo a orquestas juveniles a lo largo de nuestro país. Hoy después de estos años, con la ayuda del Ministerio de Educación, distintos centros musicales del país y de unas pocas personas del sector privado, hemos podido contribuir a que en Santiago tengamos más de 100 jóvenes músicos profesionales. Estos jóvenes, en su gran mayoría, no cuentan con un trabajo estable y si no reciben la acogida de organizaciones públicas o privadas, inevitablemente tendrán que vender sus instrumentos musicales y con ese dinero comprar autos con techo amarillo.

Ciudades como Valparaíso-Viña del Mar necesitan tener sus orquestas profesionales y estables propias, igualmente La Serena, Rancagua, Temuco, Valdivia y otras de igual importancia. Asimismo, las pocas orquestas profesionales que existen en el país, entre ellas la Filarmónica y la Sinfónica de Santiago, que sin duda son las que están en mejores condiciones, la Orquesta Sinfónica de Concepción, la Orquesta de Antofagasta, la Orquesta de Copiapó necesitan urgentemente mayores recursos, salas adecuadas y equipamiento de infraestructura a la altura de los tiempos que corren. Una ciudad del tamaño de Santiago necesita más orquestas que las que hoy existen. Hay público suficiente para ello y hay numerosos nuevos instrumentistas que ya se han formado, para ocupar nuevos cargos que no existen en la actualidad.

Si nuestro país toma en definitiva una decisión contraria a lo que aquí planteamos, es indispensable que la autoridad lo haga saber a las personas que nos desempeñamos en esta actividad. Si no se nos quiere, nos iremos con la música a otra parte, como parece que hoy algunos estarían deseando. Por mucha importancia que tenga en la actualidad el sector privado, en un país unitario como el nuestro es el gobierno central el que tiene que

dar el signo para los cambios que proponemos. Tenemos pruebas categóricas de que el sector privado coopera con nuestra vida cultural, sin embargo, nos falta una señal inequívoca de parte de la autoridad respectiva. Debemos en este sentido reconocer que se ha avanzado, pero este avance es todavía extremadamente lento. La ley que creó el Fondart, que sólo ha sido durante su vigencia objetada en aspectos insignificantes como el retrato de Simón Bolívar y alguna obras literarias sin mayor importancia, ha hecho un gran aporte a la cultura. Sin embargo, pese al heroísmo de las autoridades del Fondart, no se satisface más allá del 5 % de las peticiones. Esto es como una gota de agua en el desierto.

Pensamos que si verdaderamente queremos dar un efectivo impulso para que cada región, ciudad y comuna en nuestro país cuente con la mínima infraestructura necesaria tanto en salas adecuadas para conciertos, ballet y teatro como su equipamiento, deberá contarse con una legislación semejante a la que rige el financiamiento del deporte que ha permitido que cada rincón del país cuente con al menos una multicancha, camarines y equipamiento mínimo. De esta manera podrán los jóvenes tener un espacio para desarrollar su creatividad y ocupar su tiempo libre, logrando así crecer armónicamente como personas. En esta materia existe un último absurdo que debemos mencionar: si deportistas extranjeros domiciliados en sus países de origen actúan en Chile están exentos del pago del impuesto adicional. Todo lo contrario ocurre con intelectuales o artistas que se desempeñan en nuestro país. ¿No esto otro signo de barbarie cultural?

Por último, pensamos que la solución de todo lo que hemos planteado aquí no pasa por la creación de nuevos organismos estatales. Sólo basta la voluntad de coordinar las diversas instancias públicas y privadas ya existentes y proponer al Parlamento la dictación urgente de una legislación que abarque de una vez por todas estas materias, con su financiamiento respectivo y con verdaderas franquicias tributarias para que empresas y personas del sector privado aporten y se involucren también en el desarrollo cultural del país. Nuestras necesidades espirituales no pueden seguir indefinidamente esperando. Si queremos entregar a las futuras generaciones un país coherente en su desarrollo y abierto a las necesidades del espíritu, debemos ahora afrontar sin dilaciones el gran compromiso para con nuestra cultura y en especial con la música que ha sido una de las actividades más postergadas.

Fernando Rosas